



ASOCIACIÓN PERUANA DE FACULTADES DE MEDICINA

RED PERUANA DE ESTUDIANTES DE MEDICINA (REPEM)

Juegos Florales *Estudiantiles de Medicina*

UN JURAMENTO HIPOTÉTICO

CUENTO

LUIS FERNANDO CUNYAS MOLINA

FACULTAD DE MEDICINA HUMANA DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CENTRO DEL PERÚ

2do Puesto
Categoría Cuento





UN JURAMENTO HIPOTÉTICO

Rumi Maki

El tenue chirrido del caucho empuñado con impotencia propagó su estremecimiento a lo más hondo del plastificado ser, desplegando su presencia como un manto en medio de la gélida habitación. Ni un murmullo, ni un atisbo de civilización, solo el crepitar eléctrico de un opaco tubo estroboscópico que vomitaba luz blanca. Rítmicamente, al son del compás, danzaban macabramente pequeños espectros alados, esparciendo sus alargadas sombras sobre el juicio de aquel hombre. Ningún temor le había resultado tan visceral, como el de tan solo concebir que aquel mismo aire insuflador de vida, podía ser también la escalera del cadalso en el cual se alzaría victorioso un diminuto verdugo. Recordó mientras navegaba entre lápidas de immaculada tela blanca, que hace más de tres décadas, aquellas mismas mortajas se habían teñido de negro carmesí. Entre aquellos muros de hormigón tapizado, retumbaba el hedor a pólvora y carne escaldada entre detonaciones distantes, y maldiciones descarnadas proferidas a escupitajos. Dos clases de infierno diferentes, musitó en un lacónico suspiro que le empañó las gafas. Pero, aunque los años habían transcurrido y sus carnes entradas ya en decadencia empezaban a fallarle, la muerte imperturbable, le susurraba familiarmente como antaño. Contempló con inusual atención los marchitos miembros de un hombre roído por el tiempo, su vitalidad se esfumaba mansamente en cada exhalación. Arrancado de los últimos vestigios de altanero rubor, que en su juventud exhibía despóticamente, se hallaba atado a la vida. En un arranque de lucidez intentaba temblorosamente incorporarse entre la maraña de tubos y lánguidas bolsas repletas de fluidos. Creyó ver a un fantasma del pasado y se sumergió en la espuma del recuerdo.

Con las manos cargadas en los bolsillos del saco, contemplaba con desprecio la burlona sonrisa que el prócer de bronce le devolvía impasible. Una palmada en la espalda le despertó del ensimismamiento:

—Anímate Paco, al menos no te han mandado a la selva o a Huanta. Mira, Humberto se puso como el papel cuando le dijeron dónde le tocaba, y... — Suspiró secamente mientras caminaban



Asociación Peruana de Facultades de Medicina

a cadencia de procesión—. Ya sabes cómo funciona esto... Están los de la privada y los favoritos del “doctito”.

—¡Buenos días muchachos! —Un impecable traje con voz de barítono, emergió de entre los arcos y columnas decimonónicas que montan eterna guardia.

—Buenos días doctor. —Hizo una leve reverencia y bajó la mirada, intentando disimular el amargo sabor que le reptaba raspándole la garganta y pecho.

Harto del sopor grisáceo del paisaje, al que estaba acostumbrado, aflojó el nudo que llevaba en el cuello con una mueca, sentían que al fin habían cruzado el umbral de la verja que los separaba de la seguridad de las aulas. Frente a ellos se desplegaba un infinito rosario de concreto. Un cielo opaco los recibió, difuminando la luz del disco moribundo que empezaba a caer del cénit. El barullo apabullante los envolvió, entre rostros idénticamente tallados, suplicantes entre una marejada de voces que les insultaban, que reían a carcajadas o que descargaban sus frustraciones contra el suelo.

Rafa lo tomó de una solapa sin la calidez infantil del bromista, por segunda vez en el día, su amigo le devolvió cruelmente a la realidad. Al otro lado de la avenida, un convoy se detenía abruptamente haciendo gemir los neumáticos frente a la fachada del hospital. En seguida, los pasajeros se bajaron de un salto. Ensangrentados, descargaban desesperadamente, aun con los fusiles al hombro, cuerpos envueltos en frazadas, cortinas y toda clase de camillas improvisadas.

La añoranza por tiempos igual de turbulentos lo condujo por una puerta distinta en el laberinto de su mente.

—Busco al doctor Enríquez, señorita —balbuceó como un colegial atontado al ver el desolador paisaje de la casona repleta de heridos de metralla.

—No sabría decirle —la menuda mujer de falda blanca ni siquiera le dirigió la mirada y continuó ojeando el burocrático portafolio con el que solía desaparecer entre los marcos de las salitrosas habitaciones.

Aún con la bata blanca encima, volvió sobre sus pasos en pos de alguna pista. Iba y venía por los pasillos, acariciando con su sombra las paredes tarrajeadas a toscas pinceladas que, de tanto en tanto, descubrían lo que quedaba de carcomidos mosaicos, acaso los más antiguos testigos del



Asociación Peruana de Facultades de Medicina

decadente esplendor de un fértil valle enclavado en el centro de la serranía peruana. Se dio por vencido, y tras volver de buen agrado al oficio de civil, anduvo por las luctuosas calles, apenas iluminadas. Saludó a un par de siluetas armadas que siempre se mantenían ocultas bajo quepís color olivo. Elevó la colilla con la que jugueteaba entre el meñique y el anular, imitando un saludo marcial. Los militares, respondieron y le siguieron con la mirada escrutante hasta casi perderse en el desierto horizonte de una noche sosegada.

Los pies le ardían por encima de las suelas, en gran medida por mantener un paso anormalmente ligero, sorteando con temeridad los retenes que daban la impresión de que la pequeña ciudad estaba bajo asedio. Sin embargo, no tenía más opción y no le quedaba más consuelo que evocar el bullicio de la capital al escuchar las campanillas que la brisa nocturna agitaba en los profundos brazos de los eucaliptos. Los edificios que intentaban imitar la modernidad poco a poco daban paso a pequeñas chozas de adobe y la ajedrezada campiña iluminada por el claroscuro lunar se apoderaba de la escena. De repente, de entre los vigorosos maizales dos siluetas emergieron violentamente.

Con la mejilla entumida, sintió cómo todo el peso de una de las sombras le caía como una porra sobre la nuca, intentó alzar un alarido, pero un trapo colorado ya ahogaba sus súplicas.

—Oye huevón, ¿seguro que es este?

—Es lo que hay, si no te gusta vaya separando tu cuartito en Huamancaca, animal.

Las sombras musitaban y discutían entre ellas impropiedades ininteligibles. Le cubrieron la cabeza con un fardo y ya en las tinieblas, le arrojaron a toda prisa sobre el tabladillo trasero de una desvencijada camioneta Ford aparcada entre unas matas. Aquella noche, el polvo en ascenso del camino arcilloso, fue cómplice del brillante escape a una de las incontables chozas en las que se escondían.

—Aquí está, “Profe” —El captor más pequeño le empujó forzándolo a trastabillar.

—Antes déjame hablar con él ¿no lo habrán vuelto tonto no? —les espetó la figura tumbada en un lecho aterciopelado de pellejos. Ordenó con un gesto quitarle la capucha ensangrentada. Algo aturdido, parpadeó mecánicamente de vuelta a la existencia. Giró la cabeza solo para encontrarse con un chasquido sordo y la ciclópea mirada de una Browning mil novecientos once



Asociación Peruana de Facultades de Medicina

apuntándole. Reunió la poca fuerza que podía extraer de los estremecimientos que recorrían sus miembros. Con el alma escurriéndose por la boca preguntó:

—¿Qué quieren? —Masculló con los ojos desorbitados.

—Verás, nuestra causa tiene sus métodos. Y no es que podamos aparecer alegremente en el hospital donde trabajas —con total frialdad intentaba justificarse impunemente—. Tomaremos tu ayuda como una valiosa colaboración en nuestra futura administración, camarada —le dedicó una paternal y macabra sonrisa antes de proseguir con voz ronca—. Después de todo, tu juramento te obliga a ayudarnos muchacho —se descubrió una pierna para mostrarle una llameante herida en carne viva matizada de un repugnante ocre violáceo.

—Soy solo el interno... —Titubeó y agachó la cabeza recitando de paporreta el estribillo justificatorio, al que le había acostumbrado seis años de facultad. Sintió la ira de la corredera metálica y el cañón acariciándole siniestramente la oreja. Una convulsión eléctrica le escarapeló cada pulgada de piel.

En sus pensamientos la confusión no era menor que el terror que le estrujaba el pecho. Evocó el mismo sentimiento de cuando se hallaba frente a un prístino examinador, en una vivida memoria que le nublaba el juicio. Aquella voz, cada tanto y sin desparpajo, desnudaba sus debilidades frente a la audiencia: Sus orgullosos compañeros y los postrados que, resignados, agonizaban de vergüenza ajena. Para finalmente ser condenado, momentáneamente, al paredón de los asnos. Distrajo la vista como buscando la escurridiza respuesta a este examen, y la detuvo al encontrar consuelo en el lánguido maullido de un gato bengalí que se estiraba perezosamente encima de la mohosa repisa. Catatónico, apenas escuchaba el barullo al que, cada vez más voces altisonantes se unían en un coro fanático.

—¡Tú juraste!, ¡tú juraste!, ¡ese juramento que juran ustedes “pe”! —Le reclamaba un menudo y moreno joven en un masticado castellano.

—¡Anda tú ignorante!, ¡se llama juramento hipócrita! —Le respondió otro.

—No, pedazo de llama. Es el juramento hipotético. —Otra voz se alzó.



Asociación Peruana de Facultades de Medicina

Sonrió sutilmente mientras lo conducían a una habitación en cuya puerta estaba formada, en fila india, la imprevista clientela de aquella noche. Después de todo iba a honrar aquel juramento hipotético.

De vuelta al fatídico presente, soslayó que unos días tocaría festejar el bicentenario, para él no había mucho que celebrar, salvo tal vez por la vida misma. Encendió el móvil que no dejaba de convulsionar ruidosamente dentro del bolsillo de la túnica azulada que le envolvía herméticamente. En un momento de oportuno ocio, empezó a ojear un listado interminable de llamadas perdidas y mensajes repletos de súplicas de gente que apenas conocía. Sin embargo, posó sus profundos ojos en dos números en particular. ¿Cómo olvidarlos?, ambos eran eruditos sobrevivientes a brutales purgas, aunque como es de suponer, de naturaleza opuesta. Y aunque, era obvio que quienes manejaban remotamente estos dígitos, no eran ellos, intuyó su presencia. Embriagado de pavor por aquella corazonada, pidió el registro de enfermos y ubicó los códigos que lo guiarían a reencontrarse con parte del pasado. Recorrió el sendero mil veces transitado. No dejaba de contemplar los matices anacrónicos de la carcasa colonial en la que había pasado casi la mitad de su vida, en las aristas se apoyaban cables enyesados y estaciones de melanina que lucían desoladas, sobre las cuales solían retozaban entre la ternura y el hastío cantarinas figuras turquesa. El azaroso destino, o tal vez, alguna fuerza divina había obrado para juntar a sus dos verdugos y mentores. Abstraído, había ignorado a aquel anciano enjuto al que le surcaba una montañosa cicatriz detrás la pantorrilla, con el alma casi fuera del cuerpo volvió a examinarle la pierna y se volcó ansiosamente a la pantalla del teléfono. Después de todo, tal vez, la vejez los había redimido. Tan solo a una camilla de distancia, aún consiente, se ahogaba en su propia flema aquel cirujano que a pesar de los reclamos y objeciones válidas había sellado su destino condenándolo a padecer y reír en aquella pujante ciudad serrana, aquel que en más de una ocasión había eludido arteramente sus responsabilidades. Los contemplo compasivamente, decidido a enjugar el sufrimiento de ambos.

—Doctor —susurró la enfermera— Está en sus manos... ¿A cuál llevamos a UCI?